MIGUEL BONASSO

LO QUE NO DIJE

EN "RECUERDO DE LA MUERTE"



SUDAMERICANA

Miguel Bonasso

Lo que no dije en *Recuerdo de la muerte*

Sudamericana

A la memoria de Silvia Estela Pérez, mi mujer durante más de treinta años, la madre de mis hijos Federico y Flavia, la compañera fuerte y dulce de los años de clandestinidad y exilio. Por muchas razones, entre otras porque su talentoso aporte como editora resultó decisivo a la hora de darle forma a Recuerdo de la muerte*.*

A Camilo, mi tercer hijo, que nació cuando escribía los tramos finales de este libro. Con la esperanza de que a él y a su generación les toque una vida mejor, a contramano de lo que aquí se cuenta.

Cubierta
Portada
I. El topo y otras intoxicaciones
II. La ESMA, metáfora de la Argentina
III. Massera se confiesa con Wornat, Hadad y Longobardi
IV. Cristina y Bulgheroni, el empresario del 601
V. El difícil tema de la traición
VI. Las actas montoneras (inéditas hasta ahora)
VII. El caso Thelma Jara
VIII. De asesino del 601 a empresario K
IX. Editorial Atlántida, cómplice de la ESMA
X. Las mentiras del general Milani
XI. Durmiendo con el enemigo
XII. La ESMA S.A.
XIII. La caza del Tigre
XIV. La madre y el General-Espía (y, de yapa, la oda al cerdo de Blaquier)
XV. El Criptoestado me espía y me hackea
XVI. La Federal tiene un cuerpo secreto creado por Onganía
XVII. El agente Galimberti
XVIII. El escrache del Station Chief de la CIA
XIX. El Topo me salva la vida
XX. Bielsa y el misterio del sótano perdido
XXI. Historia del Sueco (primera parte). Picana para un bebé
XXII. "El Ejército los mató a todos" (entre la tragedia y la farsa)
XXIII. El silencio de los inocentes
XXIV. Historia del Sueco (segunda parte). Los diez mil pasaportes
XXV. La saga de los Donda
XXVI. La goma K

XXVII. Coroneles provocadores, gendarmes y proxenetas
XXVIII. Sobre prófugos y tumbas
XXIX. La "omertá" naval (el caso Vildoza I)
XXX. "La mentira es lo peor que nos han hecho"
XXXI. La "protección" naval (el caso Vildoza II)
XXXII. Godoy: el antecesor de Milani
XXXIII. Historia del Sueco (tercera parte). La Disneylandia del terror
Epílogo (por ahora)
Créditos

I
EL TOPO Y OTRAS INTOXICACIONES

Parece un personaje de John Le Carré, pero no lo es. Sin embargo, es un espía que llegó del frío. A estas comarcas bonaerenses. A este suburbio peronista de casas con techo a dos aguas, de tejas rojas, laceradas por muchas lluvias.

Escucha muy bien, pero utiliza su disfonía transitoria para que su voz no llegue a ningún grabador oculto.

—Son de la CIA… —dice— siguen siendo de la CIA.

Con Paloma, mi colaboradora de siempre, le llevamos unas masitas secas que observa pero no prueba.

Hace catorce años este hombre extremadamente delgado, envejecido, que parece a punto de extinguirse en la hondura del sillón raído, me salvó la vida. Vino a mi casa para alertarme sobre un atentado que estaban organizando dos militares carapintadas. Uno de ellos muy bien preparado y dispuesto para matar.

—Lo van a disfrazar de incidente callejero —me dijo entonces—. Y el tipo que me lo contó… —bajó la voz y se pegó a mi oído— es un marino. "Ideológicamente estoy en la vereda de enfrente", me dijo el marino, "pero no me hace feliz que lo bajen como un pajarito".

Le doy las gracias nuevamente, en este vidrioso presente de 2014, y su mirada se ilumina fugazmente.

Se interrumpe la charla. Ingresa una anciana robusta, modestamente vestida, que sonríe con amabilidad y observa con desconfianza. Se sienta, con agobio de rodillas, junto al espía que me salvó. Tiene un rostro redondo e inocultablemente eslavo que acentúa el clima *Smiley* de toda la escena. Paloma simula que no ha escuchado para que el Topo repita:

—¿Stiusso es de la CIA…?

El Topo asiente sin palabras.

Releo lo que escribí a comienzos de los ochenta en un departamento decadente de la ciudad de México, que en sus tiempos de esplendor supo alojar a Hugo del Carril:

> Se sacó la capucha que le habían puesto los militares uruguayos y su mirada los fue recorriendo lentamente, como en un *travelling* cinematográfico: el primero que vio era alto, gordo, con esa gordura fuerte de los levantadores de pesas. La cara enorme y colorada anticipaba reacciones violentas. Los labios denunciaban sensualidad y grosería. Tenía el cabello abundante y entrecano. Parecía el mayor de los cuatro.

Abro en el presente la carpeta Número 5 que reza: "Prefecto Héctor Febres (a) Selva. Muerte".

En la ESMA (Escuela Superior de Mecánica de la Armada), donde reinaban el Tigre Acosta, el Puma Perrén, el Pingüino Scheller, la Jirafa Damario, la Rata Pernías, el Halcón Savio, el León Paso o el Cuervo Astiz, Febres era Selva porque reunía a "todos los animales juntos".

En México dicen que sólo los guajolotes mueren en la víspera. En la Argentina, en cambio, son los represores quienes mueren un día antes de ser juzgados.

Lo encontraron cadáver el lunes 10 de diciembre de 2007 en el confortable "camarote" que ocupaba como "detenido" en la Pre-

fectura Naval de Tigre. Tenía 65 años y había muerto súbitamente, cuatro días antes de que se conociera el veredicto del Tribunal Oral N° 5, que lo juzgaba solamente por cuatro casos de secuestros y torturas. A él, nada menos, que había participado en cientos de "chupes", "quiebres" y era el que se ocupaba personalmente de sacarles los bebés a las subversivas apenas parían, en aquel altillo apestoso de la ESMA, que habían bautizado con macabra ironía "la Maternidad Sardá".

Era de la Prefectura, sí, gordo y plebeyo, pero se jactaba de haber secuestrado más subversivos que los oficialitos de Marina, esos cajetillas que se soñaban nacidos para darle órdenes.

Ya los pondría a parir si se presentaba la ocasión.

Por alguna razón había sido tratado por la Prefectura a cuerpo de rey: una celda de más de cuarenta metros cuadrados con baño privado en suite, computadora con Internet, aire acondicionado, heladera, televisor, confortables sillones para recibir a los colegas que iban a jugar a las cartas los sábados a la noche y una llave de la "celda" para salir a caminar por la terraza o jugar al tenis con otros prefectos en actividad. La "Fuerza" era tan considerada con el "prisionero" que le había puesto a un oficial como chofer de su esposa y le había cedido el lujoso Casino de Oficiales para que pudiera celebrar el bautismo de su nieto. Como premio, tal vez, por haber arrebatado a tanto bebé de padres ateos y terroristas.

El robo de niños, precisamente, había sido el cargo principal por el cual había sido procesado en 1998 y estaban por sentenciarlo nueve años después, justo el día en que Cristina Fernández de Kirchner asumiría la Presidencia. El lunes 10 de diciembre de 2007.

Esa mañana, a las diez y media, extrañados de que no hubiera bajado a desayunar, sus amigables carceleros entraron en la habitación y lo encontraron muerto.

De inmediato, los querellantes, entre los que se contaban víctimas de Selva y miembros del Espacio Justicia Ya, exigieron una autopsia. El resultado provocó escalofríos: había fallecido por ingerir cianuro.

Otros datos, algunos escabrosos y unos cuantos bastante ingenuos, fueron difundidos por el periodismo local. Raúl Kollman reveló en el diario oficialista *Página/12* que la investigación judicial tropezaba con los "misterios" habituales en la criminalística criolla: la total alteración de la escena del crimen; la aparición de un vaso con agua y sin huellas digitales, que no había sido registrado en la primera filmación de la propia prefectura pero sí estaba presente cuando acudió la justicia; restos de un pastel de almendras en el estómago del cadáver (como para recordar ese viejo "gusto a almendras amargas", que en realidad se vincula literariamente con el arsénico); la desaparición temporal de la computadora del difunto; la ausencia de notas aclaratorias típicas de los suicidios y el supuesto hallazgo de semen en el recto del represor, que podía ser propio o ajeno.

Las sospechas de homicidio comenzaron a crecer entre los denunciantes. Pero también en el juzgado y en la propia familia de Febres.

La última cena del genocida había sido con el prefecto Ángel Mario Volpi, uno de sus colaboradores más estrechos en la ESMA. ¿Amado discípulo o Judas enviado por el poder en la sombra?

La causa, en manos de la jueza Sandra Arroyo Salgado, no ha prosperado, como no ha prosperado ninguna investigación criminal en el Río de la Plata desde el envenenamiento de Mariano Moreno. A pesar (todo hay que decirlo) de que la doctora Salgado tiene estrechas relaciones con la SI (Secretaría de Inteligencia) y su esposo Alberto Nisman es el famoso fiscal del caso AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina).

Cierro la carpeta. No hay que sobresaltarse demasiado: los asesinos siguen entre nosotros.

Imagino el gesto escéptico de algún lector: "No hay que exagerar".

¿No? El 25 de febrero de 2008, otro ladrón de bebés aparecía con un balazo en la sien y una pistola 9 milímetros en la mano, tirado en el césped de un hotel de la Fuerza Aérea en la localidad cordobesa de Ascochinga. Aunque durante la dictadura operó en Santa Fe y en Paraná, el ex teniente coronel Paul Alberto Navone tam-

bién tuvo que ver con la saga de Funes relatada por el "Pelado" Jaime Dri en *Recuerdo de la muerte*.

A Navone se lo acusaba de haber comandado el traslado ilegal de Raquel Negro —compañera de Tulio Valenzuela— al Hospital Militar de Paraná. Allí la legendaria "María" había dado a luz a dos mellizos antes de ser escamoteada para siempre.

Como suele suceder, sin averiguar demasiado, las fuentes de siempre adelantaron que "se trataría de un suicidio". Según algunos testimonios, el teniente coronel, devenido propietario del restaurante Puesto Roca, solía correr todas las mañanas por el parque del hotel aeronáutico. Se rumoreaba que abastecía a turistas extranjeros que iban de caza, con un material que nada tenía que ver con la pólvora: una sustancia blanca y onerosa que los gringos embutían en los cartuchos de escopeta.

Cuando Myriam Galizzi, la jueza federal de Paraná, lo citó para indagarlo sobre el destino de los hijos mellizos de Raquel Negro, sus abogados argumentaron que no podía presentarse porque los médicos le habían recomendado "reposo absoluto". Luego ya no fue necesario ningún otro certificado que no fuera el de defunción.

II
LA ESMA, METÁFORA DE LA ARGENTINA

Salimos del banco, y Olivia lo ve. El tipo se aparta de nuestro camino, pero se queda de guardia junto a una casa. Esperando, con una pierna apoyada en la pared como en la caricatura de los guapos. Mi joven mujer mexicana, que tiene una antena especial, me advierte por lo bajo del peligro. ¿Tal vez nos quiere asaltar? Llegamos hasta la camioneta, estacionada a unos veinte metros. Veo el papel de inmediato; algún desconocido lo ha insertado en la ventanilla del acompañante. Antes de arrancarlo, alcanzo a leer lo que *alguien* ha escrito con marcador negro:

ZAFASTE DE LA ESMA HIJO DE PUTA
CUIDATE

Ese *alguien* debe ser el tipejo que recién nos llamó la atención. Es más bien bajo, de pelo corto y canoso. Sin bigote. Va vestido con un pantalón y un suéter verdes. Me ve y escucha mis puteadas dirigidas a un enemigo que no da la cara. Es, seguramente, lo que estaba esperando, porque abandona su puesto de vigilancia y empieza a caminar, sin prisa, en sentido contrario.

Es la mañana del 27 de enero de 2012. A casi treinta años de haber publicado mi libro sobre la ESMA, cuando el cañón de los fusi-

les genocidas aún estaba caliente y la democracia tiritaba en pañales. Todavía sin Conadep (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y sin *Nunca más*.

El odio en este país ha durado mucho más que los buenos modales.

"Lo que no dije en *Recuerdo de la muerte*" es un título equívoco. Un guiño al lector que sugiere la práctica tan extendida entre nosotros del escamoteo y la autocensura. Puede que me haya ocurrido algo de eso en los ochenta. Consciente o inconscientemente. Incluso como "espíritu de época", por la inmediatez de la militancia extrema de la que veníamos en aquel momento. Ya lo iremos descubriendo. Sin embargo, no estoy seguro de que sea lo más importante. La mayor parte de "lo que no dije" era lo que no podía o no quería imaginar en diciembre de 1983. La continuidad de los parques, que diría Julio Cortázar. El hábito inveterado de un país que no avanza ni retrocede, sino que se revuelca sobre sí mismo.

Por eso, ahora me parece más útil tratar de probar que la ESMA es una metáfora de la Argentina. Que su perversidad hace tanto al llamado "ser nacional" como el tango o el dulce de leche.

Nada, ni las obvias remembranzas de los nazis o los franquistas (con sus robos de chicos y sus obispos cómplices), alcanza a restarle un ápice de su argentinismo al infierno que la dictadura montó en la Avenida del Libertador, a vista y paciencia de los honrados burgueses de la muy civilizada Santa María del Buen Ayre.

No son afirmaciones: son datos que se han ido acumulando hasta la saciedad en estas tres décadas. La ruta de los dineros negros de la dictadura confirma la exactitud de la sentencia de Rodolfo Walsh: "Se empieza reprimiendo por supuestos ideales y se termina asesinando por dinero. La represión y la corrupción pueden andar separadas unos meses, pero siempre acaban por juntarse".

La teoría de los dos demonios fue inventada por Ernesto Sabato para otorgarle cierta pátina dostoievskiana a dos decretos simétricos de Raúl Alfonsín: uno que enjuiciaba a las juntas militares y otro, a las conducciones guerrilleras. De un tiempo a esta parte ha sido remozada por personajes como Ceferino Reato o Juan Bautista Yofre. Su principal defecto es que presenta a todos los que no fueron *abiertamente* guerrilleros o represores como víctimas inocentes y los sitúa a ellos mismos como "observadores" imparciales y jueces de los diablos en pugna. No existe tal imparcialidad: Reato fue jefe de prensa de Esteban Caselli en el Vaticano y no podía ignorar que su jefe directo era uno de los personajes más corruptos del gobierno menemista y uno de los eslabones que vinculan al peronismo con la logia mafiosa Propaganda Dos. Con tal vara alta entre los seguidores del "Titiritero" Licio Gelli, que en el tercer milenio llegó a senador por el partido de Berlusconi, a pesar de ser argentino.

Tampoco es inocente Juan Bautista "Tata" Yofre, que estuvo vinculado con la CIA en Centroamérica y fue el primer jefe de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado) en el gobierno de Carlos Saúl Menem, nombrando como altos funcionarios a genocidas como el coronel Pascual Guerrieri (el "Señor Jorge" de Funes) y otros asesinos seriales que van siendo condenados por la justicia, con un ritmo lento y en causas deliberadamente fragmentadas en distintos tribunales, por cierto.

No creo, desde luego, en la inocencia de esa pretendida mayoría silenciosa que apoyó el golpe más sangriento de la historia argentina, especuló con la tablita cambiaria de Martínez de Hoz y militó con fervor el "deme dos" en los *shoppings* de Miami.

En mayo de 1984 hacía diez años que no lo veía. Diez años que incluían la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y el terrorismo militar. Luis María Castellanos había trabajado conmigo en el diario *Noticias*, clausurado en agosto de 1974 por el "Brujo" José López Rega. Era bajo, de anteojos, retacón y sombrío. Pero no tenía nin-

guna señal externa, como el dedo torcido de aquella serie televisiva, *Los Invasores*. Ahora han pasado otros treinta años y muchas cosas se me han borrado, pero sigo evocando aquel fondo de alarma que me quedó después del encuentro que Jaime Dri y yo sostuvimos con Castellanos en el bosque de Chapultepec.

Concederle la entrevista fue un error casi inevitable en dos exiliados pésimamente informados y necesitados de hacer llegar sus posiciones al país idealizado en el destierro que no era, claro, el de las metamorfosis kafkianas. *Recuerdo de la muerte* se había publicado en abril de 1984, en medio del silencio casi total de la prensa argentina, sólo quebrado por una nota previa a la salida del libro en la revista *Humor*. Mérito indiscutible del ya fallecido Andrés Cascioli, gran dibujante político y un ser humano entrañable.

Es probable, no lo recuerdo con precisión, que haya sido la oficina de prensa de la editorial la que nos envió a Castellanos y al fotógrafo Ricardo Alfieri (h) para una entrevista en *La Semana*, la revista de Editorial Perfil dirigida por Samuel "Chiche" Gelblung, que había comandado *Gente* en los años más negros de la dictadura. La entrevista con Dri fue publicada in extenso, en dos entregas, la primera de las cuales fue tapa, con la foto del Pelado en primer plano y el título: "Galtieri tomó Malvinas con el plan de Massera y Montoneros". Era una distorsión total de lo que Jaime efectivamente había revelado: algunos pocos montoneros prisioneros de la ESMA integraban un grupo llamado "el Staff", que simulaba un apoyo político a los marinos para sobrevivir. Esos sobrevivientes, a quienes el ex almirante Emilio Eduardo Massera llamaba con tétrica ironía "mis asesores por izquierda", habían pergeñado bajo coacción un plan para recuperar las islas, en una corta invasión, a la que seguiría de inmediato la retirada y una negociación en la ONU (Organización de las Naciones Unidas). Era una idea temeraria y seguramente destinada al fracaso, pero parecía políticamente más justificada que la guerra total con Chile a la que se aprestaba en aquellos días la dictadura militar.

El título a lo Gelblung pretendía confirmar una "primicia" publicada por *La Semana* en marzo de aquel mismo año: un supuesto "plan Massera-Montoneros, destinado a conceder un segmento incalculable de poder al ex comandante de la Armada".

En rigor de verdad, ese plan era un invento total. No hubo ningún acuerdo entre Firmenich y Massera y es absolutamente falso que se hayan reunido en secreto, como lo dijeron tantos testigos interesados en embarrar la cancha, entre los que descuella el doble agente Rodolfo Galimberti, quien sí tuvo una relación estrecha con el Comandante Cero.

Nada de eso era tan claro en aquella primavera mexicana de 1984. Lo cual no excusa el error que tanto Dri como yo cometimos en aquel momento, saltándonos un dato clave: Luis María Castellanos ya había sido denunciado como periodista ligado a la ESMA por Ana María Martí, Sara Solarz de Osatinski y Alicia Milia de Pirles, las tres sobrevivientes que en 1979 rindieron un decisivo testimonio ante la Asamblea Nacional de Francia.

Ahora, treinta años más tarde, encuentro en los archivos que la sobreviviente Miriam Lewin también lo denunció en el Juicio a las Juntas de 1985 como uno de los periodistas que respondían orgánicamente al Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada.

¿Qué significaba ser "un periodista de la ESMA"?: hacerse cómplice de una serie de delitos que no prescriben porque son crímenes de lesa humanidad.

El 15 de diciembre de 1977, cuando Jaime Dri fue baleado, secuestrado y torturado por las Fuerzas Conjuntas del Uruguay, en el marco del Plan Cóndor, ignoraba la magnitud del operativo que tuvo por blanco a montoneros y no montoneros, como el famoso pianista internacional Miguel Ángel Estrella, que pagó con la tortura y tres años de cárcel su amistad con el "Oveja" Carlos Augusto Vallada-